



MUSEO DE LA VIVENCIA RELIGIOSA DEL NORTE GRANDE

La Tirana - Iquique, Chile

www.museovivenciareligiosa.cl



EL RELATO FUNDANTE DE LA TIRANA
“Una princesa indiana”

Recopilación de la tradición oral tarapaqueña
del etnohistoriador peruano Rómulo Cúneo-Vidal

EL RELATO FUNDANTE DE LA TIRANA

Colocamos a su disposición el Relato fundante de la tradición y devoción del Santuario del Carmen de La Tirana. Este relato con diversas variantes se ha mantenido en la tradición oral de la zona del Tamarugal. Don Rómulo Cúneo Vidal, lo recogió en sus trabajos historiográficos, dejándolo por escrito. Esta es la versión escrita que disponemos para ustedes. El presente trabajo constituye sólo una transcripción del texto, sin ningún tipo de análisis histórico crítico. Sí, colocamos algunos antecedentes previos de la persona del Cúneo Vidal, que permitan conocer mejor a quien está detrás de esta recopilación.

Antecedentes biográficos de Rómulo Cúneo Vidal

Juan Rómulo Cúneo Vidal, constituye un pionero de la etnohistoria peruana, y es quien recoge el relato circulante del origen de la devoción en el pueblo de La Tirana.

Nació en la ciudad de Arica el 24 de junio de 1856; y murió en el Callao el 8 de abril de 1931. Hijo de don Luis Cúneo y doña Rosario Vidal. Sus estudios los realizó en la ciudad de Arica y Tacna. La acomodada situación económica de la familia, permitió que, en 1864 viaje a Europa, donde realizó estudios superiores en el Instituto Técnico de Milán y el Altos Estudios de París. Este tiempo donde estudios en el extranjero le permitieron dominar los idiomas del inglés, francés e italiano. Además, tenía un amplio conocimiento del quechua y aymara. Retorna a Arica en 1881, en plena Guerra del Pacífico. La ciudad de Arica y Tacna ya se encontraban bajo ocupación y dominio chileno. Se establece en la ciudad de Tacna. Allí colabora con el periódico “los Andes” (1882) de espíritu patriótico peruano. En este período se casa con Elisa Harrison.

Ya en ese período, comienza a desarrollar e impulsar un fuerte espíritu de patriotismo peruano ante el dominio chileno de la zona y la derrota del Perú en la Guerra del Pacífico. Bajo estos objetivos participa de la Logia “Constancia y Concordia”, la que en 1893 la preside. Allí se intenta fomentar la conservación de los valores peruanos en los territorios peruanos ocupados por Chile (Tacna, Arica, Tarapacá). Esta logia tacneña acoge en 1904 las logias “Fraternidad Universal” y “morro de Arica”, provenientes de Arica.

Entre los años 1903 y 1908 fue cónsul del Perú en la ciudad de Antofagasta dedicándose activamente al comercio hasta ser constituido como agregado comercial en las legaciones peruanas de Londres (1908-1909) y en Roma (1909 – 1911). En 1911 retorna al Perú, instalándose en la ciudad de Lima. Allí comienza su labor de estudios históricos.

Participó activamente en las campañas del Plebiscito de 1925 y 1926, buscando la reincorporación al Perú de Tacna y Arica. El tratado de Lima de 1929 que permitió el retorno de Tacna al Perú y la posesión definitiva de Arica por Chile, generó en Cúneo Vidal, ariqueño de nacimiento, un dolor muy grande. Escribió: *“Me han desgarrado la mitad de mi corazón...Pero confiemos en el porvenir”*. Sobre Tacna afirmará: *“pequeña Atenas de América, el Perú tiene una deuda pendiente con esta patria chica”*.

Varios de sus estudios históricos los publicó como artículos en el Boletín de la Sociedad Geográfica, la Revista Histórica y el diario El Comercio de Lima. Así también en otras revistas y diarios aparecieron sus trabajos literarios, firmados con su seudónimo de *Juan Pagador*.

La primera parte de la obra de Cúneo Vidal se desarrolló en medio del ambiente de defensa de la identidad peruana de la zona; teniendo un acento más dedicado a destacar las costumbres de la zona del sur peruano.

El aporte más importante de Cúneo Vidal fue entrar en la investigación histórica del Perú, fue no desconocer la raíz precolombina de la nación peruana, en medio de un trabajo histórico, donde los historiadores influidos por el pensamiento de la época, construían la historia republicana a partir de los procesos de la ilustración que originaron el movimiento independentista. Cúneo afirma con sus escritos que la razón del modo de ser y la existencia de las formas sociales actuales, tienen raíz y explicación en procesos mucho más anteriores. Le otorga al período pre hispánico, no sólo el reconocimiento de un hecho histórico, sino que reflexiona y destaca el valor e influencia de aquello en la sociedad actual. Por ello que lo han denominado como un pionero de la etnohistoria del Perú.

Cúneo Vidal permitió un rescate de la historia local como una historia total del sur del Perú. Con ello valora la historia y desarrollo de los cacicazgos, grupos étnicos, costumbres y relatos provenientes de la oralidad. Este tipo de mirada a la historia era prácticamente ausente hacia fines del siglo XIX. Sólo en las primeras décadas del siglo XX este tipo de pensamiento cobrará importancia en los círculos intelectuales peruanos donde destacan las figuras de José Carlos Mariátegui, Carlos Valcárcel.

Según afirma Galdames, Cúneo-Vidal¹ se propuso el diseño de una historia genuina del Perú, sin pasión tal como enseña el positivismo. Esto le permite una interpretación histórica más amplia y no sesgada (como había sido la historia de América narrada por historiados peninsulares). Esto le permite la comprensión del y reivindicación de lo indígena.

Una parte de su obra fue publicada a través de artículos, pero la parte más importante permaneció sin publicación. En el año 1977, don Ignacio Prado Pastor, asumió la tarea de publicar las obras completas de Cúneo Vidal. En la imprenta “gráfica Morson” de la ciudad de Lima se realizó esta impresión. La selección del contenido estuvo a cargo de Prado. Según afirma Galdames, no es posible saber si todo lo publicado pudo ser revisado para una publicación definitiva por Cúneo Vidal. Quedó una parte sin publicar. Tarea que aún no se realiza. Estos son los títulos de los trabajos publicados:

1. *Historia de la civilización peruana.*
2. *Historia de los antiguos cacicazgos hereditarios del Perú.*

¹ Cfr. Galdames Rosas, Luis. *Rómulo Cúneo-Vidal. Pionero de la etnohistoria andina.* En: Revista Chungará. Revista de Antropología chilena. Vol.41, N°1. Arica, 2009 pp 45-49

3. *Vida del conquistador del Perú, Don Francisco Pizarro.*
4. *Historia de las guerras de los últimos incas peruanos, contra el poder español.*
5. *Precursores y mártires de la independencia del Perú.*
6. *Historia de la fundación de la ciudad de San Marcos de Arica.*
7. *Tradiciones y leyendas de Arica, Tarapacá y Atacama.*
8. *Diccionario histórico-biográfico del sur del Perú.*
9. *Enciclopedia incana.*

La obra de Cúneo Vidal no está exenta de errores de información, y puede también criticarse que no incluyó la cita de las fuentes a las que acude. Sin embargo, conviene tener presente que puede haber errores editoriales y a la costumbre de su época de no citar las fuentes. De todas formas, él tuvo acceso a fuentes de primer orden, como también recoger relatos orales de la población presentes a fines del siglo XIX.

Los textos dedicados a “Tradiciones y leyendas de Arica, Tarapacá y Atacama” se encuentran volumen X de las obras completas y en el tomo quinto. En esta sección se encuentra el relato fundante de La Tirana con el título “Una princesa indiana”. Él recogió una versión de la tradición oral de los antiguos tarapaqueños de la zona del tamarugal, escribiéndola con un lenguaje propio de su época, pero donde destaca permanentemente el valor de la peruanidad, como la base de sociedad tarapaqueña actual.

Cúneo Vidal, nos recuerda en el relato “una princesa indiana” las raíces de una identidad que se forja en una memoria de situaciones y vivencias pasadas que van constituyendo el patrimonio de la identidad del presente. En las vivencias de Ñusta Huillac y Vasco de Almeida, Cúneo Vidal, nos hace “memoria” que las raíces del hecho actual de devoción en La Tirana, se inscribe en esa memoria de los “hijos del Sol”. Perder esta memoria es perder identidad.

Información de la transcripción del relato

El texto fue transcrito de las obras completas de Rómulo Cúneo Vidal que se hayan en la Biblioteca Nacional del Perú, en la ciudad de Lima. La referencia bibliográfica es:

Rómulo Cúneo Vidal, Obras completas volumen X tomo 5. Leyendas de Arica, Tarapacá y Atacama. Editor Ignacio Prado Pastor, Gráfica Morsom S.A. Lima 1977. Páginas 344-352.

Transcripción

UNA PRINCESA INDIANA

Cuando a mediados de 1535, Diego de Almagro salió del Cusco al descubrimiento y conquista de Chile al frente de 550 españoles y de 10.000 indios peruanos, fueron en su real dos hombres que, para los efectos de aquella entrada, valían cuanto un ejército entero de auxiliares.

Fueron ellos Paullu Inquill Tupac Inca, hermano de Huascar y Manco Capac II, y Huillac Uma, sumo sacerdote de la extinguida religión del sol.

Tratados ostensiblemente, con los miramientos debidos a su encumbrado nacimiento, ambos no pasaron, valga verdades, de la condición de prisioneros de estado, mantenidos en rehenes y destinados a pagar con la vida al menor síntoma de rebelión de sus 10.000 mil indios arriba mencionados.

Es fama que en aquella ocasión fueron secretamente con Paullu y con Huillac Uma hasta doce wilcas o capitanes, de los antiguos ejércitos imperiales, e igual número de sacerdotes del Sol, cuyo corazón debajo de una aparente sumisión, latía a impulsos del odio y de la venganza.

Es fama, por otra parte, que fue con Huillac Uma su hija apellidada Huillac Ñusta, nacida veinte años atrás en el Cuzco; noble princesa, por cuyas venas corría la sangre de los antiguos emperadores peruanos con una impetuosidad y una generosidad que ya debieron latir, años atrás, en las venas del débil y confiado Atahualpa.

No ignoran los entendidos en pasos de la historia de América que Huillac Uma al regreso de Chile, desprendiéndose sigilosamente de la hueste Castellana huyó a la provincia de Charcas, con el propósito de fomentar la rebelión que el animoso Manco Capac II acababa de iniciar en el Cuzco.

A la altura de Pica, sugestionada por el ejemplo paterno, acertó a huir Huillac Ñusta, seguida de un medio millar de indios adictos a su persona, y a refugiarse en el bosque de tamarugos que por entonces cubría las tierras que hoy decimos del tamarugales; bosque del que quedan en nuestros días restos no desprovistos de salvaje belleza, en las afueras de los pueblos de Canchones y la Tirana.

Durante cuatro años Huillac Ñusta, rodeada de sus valerosos secuaces, viose libre de la ominosa opresión extranjera.

El bosque de los tamarugos fue su reino y su baluarte.

La fama de sus acciones, provocadas por un ardiente dedicación a la causa de su pueblo, no tardó en esparcirse en cien leguas a la redonda.

Los ayllus vecinos y remotos vieron en la animosa princesa cuzqueña una fórmula viviente de la nacionalidad, y en sus hazañas un Gallardo desafío al poder de los castellanos.

Vieron lo que en tierras y épocas distintas, contemplaron Israel, en los siete hermanos Macabeos, y Francia en Juana de Arco.

El alma peruana tenía, a la verdad, sed de lucha, de hazañas y de venganza.

Y de los ámbitos cercanos y apartados del Imperio, dieron en acudir a las sendas enmarañadas del bosque de los tamarugos nutridas huestes de hombres de bien puesto corazón, decididos a rendir la vida, al lado de la valerosa Ñusta cuzqueña, por el suelo natal y por la fe de sus antepasados.

Durante cuatro años la selva primitiva y bravía fue el último baluarte de una raza perseguida y el postrer santuario de un culto proscrito.

Sus árboles, sus agresores veredas, el misterio que todo bosque lleva en sí, merecieron de aquel puñado de esforzados campeones de la nacionalidad y del culto del dios Sol, un sentimiento de filial veneración, comparable, si se nos admite el símil, al que experimentaron los Druidas por las sacras encinas y las misteriosas penumbras de sus bosques centenarios. Al brillar el sol el abrupto perfil de los Andes adorándole de rodillas, al compás de sagrados cánticos, las plebes del Tamarugal.

Imperiosa, manteníase al frente de sus secuaces la arrogante princesa.

Sus ojos interrogaban largamente los arreboles del astro al nacer, y de su pecho brotaba una invocación fervorosa por su pueblo y por la realización de sus ansiadas venganzas.

Eran hermosos sus ojos, más así y todo, un algo, una nonada parecían faltar en ellos; quizás si la entonación cálida y el íntimo fulgor de los ojos que supieron de amores.

Y es que a través de sus pupilas imperiosas no había descendido aún, hacia el foco de su alma el fuego beatífico y aterrador de la más dulce de las pasiones.

¡Ay! Ya le llegará su turno a la hermosa princesa indiana! ...

De porte noble y airoso era Huillac Ñusta contemplada en el ropaje de las sacerdotisas de la religión del Sol.

Su talante era de una Norma de la selva de América.

La cushma de lana, de suavidad aterciopelada, envolvíala en castos pliegues estuaterios hasta el nacimiento de su pie diminuto, propio de las razas aristocráticas, calzado en sandalias de cuero de anta, sujetas con hebillas de oro.

La estola, en que veíanse bordados signos recónditos y sagrados, imponíase hierática majestad.

Sobre su pecho turgente relucía la tableta de oro de las sacerdotisas en que viérase grabada la imagen del Astro Rey.

Rodeado de acechanzas y de peligros, aquel puñado de peruanos indómitos vio se obligado a hacer a sus enemigos, y a recibir de ellos en justa retribución, una guerra sin cuartel.

Fue regla entre ellos poner a muerte a todo español y a todo indio bautizado que cayese prisionero en su poder.

Huillac Ñusta fue temida en cien leguas a la redonda.

Llamáronla los castellanos, y sigue llamándola la tradición que no ha muerto la "bella Tirana del Tamarugal".

Un día, sus guerreros condujeron a su presencia a un castellano apresado en los lindes del bosque de los tamarugos.

Interrogado, dijo llamarse don Vasco de Almeida, y pertenecer a un grupo de mineros venidos del vecino puerto de Arica en busca de la mentada mina del Sol.

Reunidos los ancianos, su fallo fue porque se aplicase sin mayor dilación, la consabida pena de muerte.

El corazón de Huillac hasta ese momento no había conocido dudas ni vacilaciones, embargado cual estuvo por la pasión del odio y la sed de venganza.

Con todo, su ser entero se estremecía al escuchar la dura cuanto inevitable sentencia. Un desconocido impulso de conmiseración brotó de los más hondos de su corazón, en donde tuvo aferrada sus raíces por el pasado, la mata de sus rencores.

Una mirada tan sólo del noble prisionero bastó para producir en ella tamaña metamorfosis. Aquella fue obra de un instante.

Aquello fue un algo comparable, si así podemos decirlo, a una lluvia benéfica, que descolgándose de un cielo, allende cuyos umbrales cantasen ángeles y querubines, y aves portentosas, cayesen sobre un terreno de larga fecha preparado, en cuyo seno permaneciese, latente, la simiente de inefables floraciones.

La juventud, el Gallardo porte, el estoico desdén de la muerte que viera reunidos en el noble prisionero, fueron causa de que Huillac amase desde ese preciso instante, al hombre cuya vida colocaba el destino en sus manos de sacerdotisa y de guerrera.

Su naciente cariño le sugirió un ardid encaminado a prolongar la vida del español.

Consultó al padre Sol, e interrogó a las sagradas imágenes tutelares de su nación, y éstas como aquel lo dieron a entender, con notable concordancia, que la ejecución del prisionero quedase aplazada hasta el último día de la cuarta luna.

Los meses que de aquello se siguieron fueron de descanso para los guerreros del Tamarugal. Huillac no repitió, durante aquel plazo, las correrías que por el pasado fueron el pavor de los castellanos en cien leguas a la redonda.

Durante el primer lapso de aquel cautiverio, del cuerpo para el español, del alma para ella, la palabra amor, tan dulce en todos los idiomas, musay en quechua, no fue pronunciada; mas suplieron al silencio de los labios de ambos jóvenes, los latidos de sus corazones, el fulgor de sus miradas, la presión de sus manos al encontrarse, y en torno a ellos la selva cómplice, con el lenguaje de sus susurros, la brisa con sus arrullos, las flores con sus aromas, las estrellas del alto cielo con sus destellos; todo lo cual, debidamente interpretado, no tuvo entonces, ni tiene ahora, ni tendrá, por los siglos de los siglos que han de venir, otra interpretación que: amar y aspirar a ser amado.

Con todo, transcurrieron las cuatro lunas señaladas en la sentencia de los ancianos, y muy pronto no le restaron al español sino pocos días de vida.

La certidumbre de un amor correspondido despertó en los corazones de ambos amantes sensaciones desconocidas y fomentó en sus hablars infinitos tópicos, en cuyo discurso parecieron buscarse y recrearse sus alma para amarse, ya mares aún más.

Y alguna vez abordaron el tema de sus creencias.

Huillac Ñusta, con el instinto de proselitismo, innato en la mujer desde los días de Eva, trató de atraer al sendero de su propia religión a su amante con la esperanza de salvarle, en esta forma, la vida.

Y el cautivo le habló de su propia religión.

Le habló de Jesucristo, Dios hecho hombre, que consistió en abdicar de su divina condición para experimentar en su propia carne y en su propio espíritu las tribulaciones de la mía era humanidad y ser, por tal arbitrio, de una manera más entrañable, el padre de los que sufren...

Y le habló de María.

Le habló, por último, y fue entonces cuando la princesa indiana bebió con mayor avidez sus palabras, de la noción consoladora de la inmortalidad, y por virtud de la misma, de la supervivencia del alma sobre el cuerpo en un más allá de eterna venturanza, reservado años que en esta triste vida hubieron hambre y sed de justicia, de amor y de felicidad...

"Y, de ser cristiana y morir en el seno de tu fe, preguntole Huillac al español ¿renaceré en la vida futura, y mi alma vivirá unida a la tuya, por un siempre jamás...?"

"Sí tal, amada mía" respondió Almeida.

"¿Estás seguro de ellos, chuncu (adorado)?"
"Me lo enseña mi religión, que es fuente de toda verdad".
"Pues bien: bautízame, castellano... ¡Quiero ser cristiana!
... ¡Quiero ser tuya en cuerpo y alma, en esta vida terrenal y en la eterna!..."
"Dios ha alumbrado tu entendimiento... Dios ha llamado a las puertas de tu corazón... Si hoy pagana, te idolatro, no habrá cariño en el mundo igual al que te profese mañana, cristiana..."
"Mañana al despuntar el día, agregó con solemne acento Almeida, serás mi hermana y esposa en Jesucristo".

Brillo el sol sobre el destellado perfil de los Andes.

Reinaba en los bosques de tamarugos un silencio insólito, como si de improvviso se hubieran agotado en él los trinos de sus aves y los cánticos de adoración con que sus moradores acostumbraban saludar el primero asomo de la Aurora...

Entregada a las fruiciones de su amorosa pasión, la sacerdotisa desentendíase desde meses atrás de las prácticas del rito.

Su embeleso de mujer amante y amada no le permitía enterarse del ceño adusto de sus wilcas, ni del hosco ademán de sus sacerdotes, ni de la reserva glacial de su pueblo.

Ráfagas de malestar y de rebelión inadvertidas para ella y para su amante pasaban por momentos por los ámbitos de la selva...

Altiava, como quien era, y serena como quien obra a impulso de una acertada resolución, se dirigió con su amado a la fuente que hubo en uno de los claros del bosque, hincó las rodillas en el suelo y cruzó los brazos sobre el pecho, en actitud de humilde espera...

Almeida cogió agua de aquella fuente, y vertiéndola sobre la cabeza de la adorada neófita, pronunció las palabras sacramentales:
"Yo te bautizo en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espí...",
No terminó la frase ...

Una nube de flechas, partida de las lindes de la selva se abatió sobre ambos.
Una más certera, le partió el corazón.
Almeida se desplomó, inerte, cual árbol Lozano herido por el rayo.

Huillac, herida de muerte, llamó en torno a sí a los wilcas, a los sacerdotes, a los ancianos y al pueblo, y sobreponiéndose a los dolores de su agonía, Así les habló:

"Muero resignada...
"Muero dichosa, segura cual estoy, a fuerza de creyente en Jesucristo, de que mi alma inmortal se remontará a los altos cielos, y contemplará el rostro de su Creador, al pie de cuyo trono me espera ya, por obra vuestra, mi esposo adorado..."

"si con mi amor y mi conversión a una fe enemiga de la de nuestros padres lastimé vuestras creencias y causó daño a la causa de nuestra nación, séanme concedidos vuestra indulgencia y vuestro perdón...

"me resigno a pagar con mi vida el que consideraréis mi yerro...

Más, si queréis que muera tranquila la última princesa del linaje de vuestros Incas y ultima sacerdotisa de vuestra religión, prometedme que enterraréis mi cadáver al lado de mi esposo, y levantaréis sobre nuestra sepultura una cruz ... la cruz de los cristianos...

"No puedo más... ¡adiós para siempre! ...".

Cuando, por los años de 1536 a 1540, fray Antonio Rondón Sarmiento, religioso de la Real y Militar Orden de N.S. De Las Mercedes Redentora de Cautivos, primer evangelizador de Tarapacá, aportó al Tamarugal derribando ídolos de gentiles y levantando el estandarte de la fe de Cristo, descubrió, no sin experimentar una indecible sorpresa, una cruz colocada sobre un túmulo de reciente hechura.

Vio en ello el apostólico varón uno a modo de indicio del Cielo, y resolvió levantar sobre el sitio marcado por aquel santo símbolo, una iglesia; la misma que conserva en nuestros días su nombre original de *Nuestra Señora del Carmen de la Tirana*, a mitad del camino existente entre las región salitrera y el pueblo de Pica.

Muy pronto aquella iglesia cristiana se convirtió en objeto de veneración y en meta de asiduas romerías por parte de los naturales de los valles y de collados vecinos, por cuyas venas corre sangre hermana de la que corrió antaño en las venas de la bella, sensible y sin ventura princesa indiana que le transfirió su nombre.

Y aportan, año tras año, por la fiesta el Carmen, a los términos del caserío que acertó a formarse en el lugar, y tomó el nombre de la iglesia y de la Ñusta de la leyenda, turbas de novenantes a quienes atrae un desconocido imán, cuya naturaleza no acertarían, de seguro, a definir si lo intentasen.

Y llegan, y ejecutan en torno aquella ara cristiana, a que prestan sombra árboles vetustos que formaron parte de la hispida floresta primitiva, sus danzas de trazas moriscas e indianas... Y adviértase en su alborozo vehemente e ingenuo una excitación extraña ... Y adviértase en su emoción el recuerdo imprecisado de la raza y de la nacionalidad... Y adviértase por fin, en ello, un dejo de un algo así como un inmenso desconsuelo, como si por ventura volviese a vibrar en la sensibilidad de aquellos sus lejanos compatriotas, el alma de la princesa vestal que, en días aciagos para su linaje y para su pueblo, y guiada por la mano del destino, colocó al pie de aquellos muros su propio corazón enamorado traspasado por una flecha.

oooooooooooooooooooooooooooooooo

Para citar documento:

Cúneo Vidal, Rómulo (1977) "Una princesa indiana". Transcripción de Obras completas volumen X tomo 5. Leyendas de Arica, Tarapacá y Atacama. En: Museo de la Vivencia religiosa del Norte Grande. Transcripción. Versión PDF. Recuperada de <http://www.museovivenciareligiosa.cl>

Para contactos y comentarios:

www.museovivenciareligiosa.cl